

anécdota de su maestro el grande Nazianceno; la copiamos en otra parte como crítica de los oradores de mal gusto y de los oyentes que aplauden lo que no entienden, si se les dice con estilo pomposo y rimbombante.

San Jerónimo, escribiendo á Nepociano en edad avanzada, «jam cano capite et arata rugis fronte,» se critica á sí propio, recordando que en su juventud habia escrito á Heliodoro una carta en estilo pueril: «pro ætate tunc lusimus;» mas ahora no esperes ya de mí aquellas flores, agudezas y pueriles declamaciones, «ne à me quæras pueriles declamationes, sententiarum flosculos, verborum lenocinia:» prepárate á oír, como lo aconseja San Cipriano, «non disserta, sed fortia.» Lo demás, dice el Crisóstomo, es propio de sofistas ó de niños ignorantes; «nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophisticis digna; imo non solum sophisticis, sed pueris insipientibus.» La predicacion no necesita un lenguaje fastuoso, sino el espíritu y la fuerza de las Sagradas Escrituras: «Non ergo verborum fastu opus est, sed mente et Scripturarum peritia, sensuumque vi.» San Agustin ha encerrado esta doctrina en una de las bellas comparaciones que le eran tan usuales: «El adorno, dice, es para un discurso lo que el condimento para la comida; usado con moderacion, agrada, y con exceso, disgusta.» El Santo Doctor no reparó en criticar cierto lujo de adorno que le pareció encontrar en un pasaje de la carta dirigida á Donato por San Cipriano, cuya elocuencia, por lo demás, elogia el mismo San Agustin, como no podia ménos de hacerlo.

Los principios capitales que respecto al estilo hemos consignado en ésta y en las cuatro últimas lecciones, los encontramos resumidos en la carta que el Nazianceno escribió á Nicóbulo, que le habia consultado sobre el estilo epistolar. «La primera dote del estilo, le dice, es la claridad: el lenguaje debe ser inteligible para los ignorantes, y grato por su nobleza á los sábios: evítense toda oscuridad, porque es muy desagradable descifrar logogrifos ó hacer comentarios para entender un escrito. La segunda dote es el adorno: nada de aridez ó desaliño; fuera dichos agudos ó chistosos; lo primero hace el discurso tosco, y lo segundo vano é insípido: «illud enim agreste et rusticanum; hoc inexplabile.» El verdadero adorno resulta de las sentencias graves, de los dichos notables y de las figuras, si bien éstas deben ser pocas, oportunas y

jamás exageradas; «per paucas et non inverecundas.» No hay claridad ni adorno sin naturalidad. Las aves se disputaban la primacía, exagerando cada una su propia hermosura, y resultó que el águila, ignorando que fuese hermosa, era naturalmente la más bella de todas: «Aquilæ pulcherrimum fuisse, quod non putaretur esse pulchra.» Estas reglas te bastan, concluye el Santo; lo demás lo adquirirás con el ejercicio y estudio de oradores esclarecidos: «Cætera ipse tuo tibi studio comparabis, cum docilitate valeas; et qui in his clari sunt et celebres te docebunt.»

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo: sumiso, templado y sublime.

Comenzaba San Basilio á predicar la octava de sus homilias sobre la creacion, y observó que sus oyentes le hacian señas: paróse el Santo, hasta que conoció por ellas que habia omitido hablar de las aves; y con gran facilidad y una transicion muy delicada, cambió el giro del discurso y suplió su omision. Predicando San Ambrosio de la misma materia, quiso imitar con estudio el olvido natural de San Basilio, y dijo: «fugerat nos, fratres dilectissimi, necessaria de natura avium disputatio, et sermo hujusmodi nobis cum ipsis avibus evolavit.» Está universalmente asegurada la gloria del orador de Milan para que nada pierda si en obsequio de los jóvenes notamos lo defectuoso de esta frase, por demasiado estudiada; mas como el genio centellea, aún en sus distracciones, el Santo continúa haciendo la justa observacion de que naturalmente imitamos en la expresion las calidades de los objetos de que hablamos: «Ut cum prigris immoremur, et cum velocibus celeri rapiamur ad aspectu: stilo quoque aut tardiore utamur aut rapido.» San Gregorio Nazianceno asienta la misma doctrina y usó diferente estilo del que habia empleado en otras oraciones fúnebres, en la de su hermana Gorgonia, por respeto á sus virtudes: «Dictionis quidem venustatem et elegantiam contemnes, nam hæc quoque quam laudamus, minime compta et expolita erat atque ornatus neglectum pulchritudinem esse statuebat.»

Si el estilo ha de ser acomodado al objeto sobre que

versa el discurso, preciso es analizar en qué consiste la diferencia de estilos.

Desde muy antiguo han convenido los maestros en distinguir tres géneros: uno que llaman sumiso, llano, sencillo ó ténue; otro templado, medio ó florido, y el tercero sublime, magnífico, grandioso ó vehemente. Esta clasificación, ¿es exacta? ¿Comprende todos los géneros? No: porque el estilo resulta de los pensamientos, de la forma, de su expresión y del orden de las palabras en cada cláusula y en toda la oración; y siendo cosas indefinidas los pensamientos, las formas, las expresiones y los modos de coordinarlas, es imposible reducir y encerrar sistemáticamente en determinadas clasificaciones todos los estilos; así es que se han inventado ya, y podrán inventarse epítetos sin número para distinguirlos: admitimos, pues, la clasificación de estilo sumiso, medio y sublime como convencional, no como filosófica.

Preciso es, sin embargo, reconocer que al fijarse los maestros en esta clasificación, no lo han hecho arbitrariamente, sino fundados en la observación de que estos tres géneros son los que comunmente se emplean en las oraciones llenas y perfectas; y como quiera que el estilo debe ser acomodado á la naturaleza del objeto sobre que se perora y al fin del orador, observaron que los objetos sobre que versan los discursos eran respectivamente ténues, grandes ó medios, y los fines primeros ó inmediatos del orador enseñar, agradar y mover. Por esta causa los antiguos preceptistas enseñan que el estilo sumiso corresponde á las cosas pequeñas, el templado á las medianas, y el sublime á las grandes; y que para instruir se emplee el estilo sumiso, el medio para agradar, y para vencer y triunfar el sublime.

San Agustín ha hecho en esta doctrina una rectificación importante respecto á la elocuencia sagrada: el predicador del Evangelio, dice, jamás se ocupa en cosas pequeñas: sus discursos siempre versan sobre objetos grandes, como son la gloria de Dios y la salud eterna del hombre; y aun cuando trate, por ejemplo, del modo de adquirir, conservar ó perder las riquezas en grande ó en pequeña cantidad, el objeto del orador cristiano siempre es grande, porque trata de la justicia, y la justicia siempre es grande: «Quod ergo minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, magnum est.»

Sin embargo, advierte que, aunque siempre son gran-

des las materias sobre que versa la predicación, no siempre deben tratarse grandiosamente; porque para enseñar se ha de hacer sumisamente, con templanza cuando se quiere agradar, y sólo para vencer se ha de hacer grandiosamente: «Aliquando de una eademque re magna, et submisso dicitur, si docetur; et temperate, si predicatur; et granditer, si aversus inde animus ut convertatur impetitur.» ¿Qué hay comparable con la grandeza de Dios? Y sin embargo, quien explique del modo posible la unidad de la Trinidad, debe hacerlo sumisamente: «Debet... submissa disputatione agere.» El que predica su grandeza debe emplear el estilo templado y adornado; y cuando trate de apartar al hombre de la vida pecaminosa para que sirva á Dios, debe usar el estilo sublime: «Debet utique granditer dici.»

Y á fin de evitar equivocación, téngase presente que aunque el objeto inmediato del estilo sumiso es instruir, el del templado agradar, y vencer el del sublime, en todos se ha de expresar el orador de manera que obtenga los tres resultados: «Ut scilicet doceat, ut delectet, ut flectat; ut... intelligenter, libenter, obedienterque audiatur.»

Las dotes del estilo sumiso son claridad, exactitud y cierta agudeza, no sutil, sino viva y nerviosa: «acumen,» dice San Agustín, para probar la verdad y refutar el error. Este género de elocución no excluye necesariamente el adorno; pero le admite moderado no más, y de tal índole, que le sea como natural: «Quoddam decus non appetitum sed quoddammodo naturale.» Hé aquí el juicio crítico que San Basilio hizo de una composición de este género, que le habia remitido Diódoro, presbítero de Antioquia: «Frequens est sententiis ac perspicue tum adversariorum objecta, tum etiam objectis responsa continet: et simplex neque laboratum dicendi genus.»

Aquí no se toma la sencillez como una cosa baja; si el estilo sumiso tiene sus condiciones propias, su belleza es grande, porque lo es la de la verdad, y así en muchos casos, como dice San Agustín, arranca aclamaciones del auditorio: «Unde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invicta delectat?»

Obsérvese además que el orador que usa del estilo sumiso se expresa de una manera, no sólo inteligible, sino agradable y persuasiva; y que este estilo puede sostener-

se largo tiempo, porque no produce fuertes impresiones.

El templado se aparta de la sencillez del sumiso y no se acerca á la altura del sublime; por esto, y no porque sea despreciable, se llama medio, dice San Agustin: «Inter utrumque quasi media, et ob hoc modica, hoc est moderata dixerunt... nam modica pro parvis abusive, non propriè dicimus;» su objeto inmediato es agradar, y es susceptible de figuras y tropos, como de todas las galas de una locucion florida. Por esta razon suele llamarse estilo florido: su fisonomía, dice San Agustin, es bella y esplendorosa: «Facies pulchræ ac splendidæ dictionis;» y dicho está ya que el adorno debe ser varonil: «Illa quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum, nec in ornata relinquitur nec indecenter ornatur.»

Este género de locucion termina en el agrado que produce; pero el orador cristiano, segun San Agustin, no ha de limitarse á esto, sino que debe servirse del agrado para hacer amable la virtud y aborrecible el vicio: «Ut bona morum diligantur, vel devitentur mala.» De esta manera no sólo unirá la instruccion al agrado, sino que además persuadirá.

Los pensamientos nobles, enérgicos y vehementes, acompañados de una expresion rica con figuras atrevidas, de vivos y rápidos movimientos, constituyen el estilo sublime: no es posible describirle como lo hizo San Agustin, sino copiando sus mismas palabras: «Grande autem dicendi genus hoc maxime distat ab isto genere temperato, quod non tam verborum ornatibus comptum est, quam violentum animi affectibus. Nam capit etiam illa ornamenta pene omnia; sed ea si non habuerit, non requirit. Fertur quippe impetu suo, et elocutionis pulchritudinem, si occurrerit, vi rerum capit, non cura decoris assumit. Satis enim est ei propter quod agitur, ut verba congruentia, non oris eligantur industria, sed pectoris sequantur ardorem.»

El estilo sublime sirve para vencer y triunfar de la resistencia que opone el corazon de los oyentes; pero «¿quién duda, pregunta San Agustin, que para obtener este resultado es necesario hablar de una manera inteligible y agradable?» «Quis movetur, si nescit quod dicitur? Aut quis tenetur ut audiat, si non delectatur?»

Este género no se puede prolongar, porque ni el orador ni los oyentes pueden soportar por mucho tiem-

po sus violentas excitaciones: ya lo dijimos en la leccion XX.

Los tres géneros de elocucion, léjos de ser incompatibles, se reunen perfectamente en un mismo discurso; en el sublime casi siempre es una necesidad el combinarlos; porque, segun San Agustin, las cosas grandiosas lo parecen mucho más al lado de las sumisas; «ex illorum fiant comparatione grandiora, et eorum tanquam umbris luminosiora reddantur.» En los otros dos géneros, casi nunca puede prescindirse del sumiso, porque siempre hay necesidad de instruir; y de todos modos, un discurso de un solo estilo sería monotono y fatigaria la atencion del auditorio; por el contrario, una variada oracion agrada y sostiene la atencion, aunque se prolongue: «Etiam si longius eat, decentius procedit oratio.» San Juan Crisóstomo indica el método y camino que han de seguirse para corregir al que se halla dominado del amor de las riquezas: la ejecucion del plan que propone el Santo Doctor empeñaria al orador á servirse sucesivamente de tres géneros de elocucion. Por lo comun en todo discurso perfecto se usan los tres géneros, aunque se califica de sumiso, templado ó sublime, segun el estilo que predomina: «Ei tamen generi dictio tota tribuitur, cujus copia prævaluerit.» (San Agustin.)

Antoniano, obispo de Numidia, despues de haber asegurado á San Cipriano el ánimo de permanecer en la comunión católica con el Papa Cornelio, le escribió una segunda carta en la que se mostraba vacilante en su propósito; San Cipriano, al contestarle, explica los puntos del dogma y de la disciplina relativos á las cuestiones indicadas por Antoniano, y lo hace con tanta claridad, suavidad y elegancia, que no es fácil ofrecer á los jóvenes modelo más acabado del estilo sumiso. A este género corresponden tambien las catequesis que conservamos de San Cirilo, San Juan Crisóstomo y San Agustin; de este último tenemos cuatro explicaciones de la *Oracion Dominical*, todas excelentes. En este estilo han de ejercitarse los catequistas, quienes deben estudiar con atencion el precioso tratado que para ellos compuso el mismo San Agustin.

San Ambrosio escribió contra los novacianos dos excelentes libros de la penitencia: tratábase de un punto dogmático, y el Santo Doctor enseña tranquilamente y discurre con severo raciocinio; el objeto de su trabajo

requeria un estilo sumiso, pero no pudo ménos de interesarse la caridad del Obispo, y ésta dió al discurso calor y movimiento: cooperaron la razon del Doctor y el corazon del Prelado, resultando una composicion que puede servir de modelo para el estilo templado.

Symaco, senador y prefecto de Roma, exigia que se restableciese el altar erigido á la Victoria; San Ambrosio se dirigió al emperador Valentiniano, rogándole que no accediese á una peticion tan injuriosa á la Religion verdadera. Este escrito es sumiso, reverente, razonado y sentimental; está redactado con maneras delicadas, y al mismo tiempo refleja en él la noble entereza del Obispo católico. En muchas composiciones de este Santo dominan á la vez el vigor de su espíritu y la ternura de su corazon, resultando un estilo templado, cuya lectura reproduce la imágen de aquella imponente figura que detenía en sus proyectos á los Emperadores de la tierra, y recuerda la verdad con que se ha dicho que los lábios del Santo Doctor destilaban miel dulcísima.

Muy conocida es, y digna de estudiarse como ejemplo de estilo templado, la arenga que, segun el Crisóstomo, dirigió al emperador Teodosio el venerable obispo Flaviano.

El conde Bonifacio, gobernador de Africa, honrado con la amistad de San Agustin, era hombre piadoso; pero desgraciadamente se enfrió su fervor y aún se relajaron sus costumbres: irritado por algunos desaires que recibió y por el desden con que la córté le trataba, llegó al extremo de ceder la Mauritania á los vándalos. San Agustin no olvidó á su amigo, y le escribió una carta notabilísima por la caridad que en ella resplandece, y por las delicadas precauciones de que se vale. Despues de algunas piadosas consideraciones, le recuerda la conducta cristiana que habia observado hasta la muerte de su primera mujer; los fervientes deseos que entónces le animaban de consagrarse con más esmero al servicio divino: «Nos novimus, nos testes sumus quid nobiscum apud tubanas de animo et voluntate tua fueris collocutus. Soli tecum eramus, ego et frater Alypius. Non enim existimo tantum valuisse terrenas curas, quibus impletus es, ut hoc de memoria tua penitus delere potuerint.» Habla luego de los crímenes de que la voz pública le acusaba, añadiéndole, sin embargo, que por su parte no daba entero crédito á tan siniestros rumores, y que nada deseaba tanto

como el que careciesen de fundamento; llega á su traicion, pero no le hace de ella acusacion directa, sino se limita á pintarle vivamente los males con que los bárbaros afligen y oprimen el Africa; y la grande admiracion que causa el que esto suceda, siendo gobernador el conde Bonifacio, de quien todos esperaban que habia de gobernar con justicia á los propios, y vencer valerosamente á los extraños; esta animada descripcion acaba con una delicadísima reticencia: «Et nunc quam in contrarium versa sit spes omnium vides; nec diutius hinc tecum loquendum est, quia plus ea tu potest cogitare, quam nos dicere.» Recuérdale por fin la doctrina cristiana, le da consejos de perfeccion acomodados para vencer las pasiones que le habian precipitado, y termina con un cumplimento que, aunque muy fino, no deja de ser la sincera expresion de la caridad que le dictaba: «Hæc ad te fili dilectissime, ut scriberem charitas jussit, qua te secundum Deum, non secundum hoc sæculum diligo, quia et cogitans quod scriptum est, «corrige sapientem, et amavit te; corripe stultum, et adjiciet odisse te;» non te utique stultum sed sapientem debui cogitare.»

El estilo dominante en esta carta es templado: el joven orador puede aprender en ella el arte, muy difícil en sí mismo, pero fácil á la caridad, de insinuarse en el corazon de los pecadores. San Agustin recabó el de uno de los primeros generales del imperio, arrastrado por la cólera á la más negra traicion, y la victoria del Santo fué decisiva: Bonifacio rompió su traidora alianza y tomó las armas para arrojar á los vándalos del Africa, cuyas puertas él mismo les abrió.

Sabemos por el mismo San Agustin que en dos ocasiones tuyo que desplegar todas las fuerzas de la elocuencia más vehemente: «Egi quidem granditer quantum valui.» Su triunfo fué completo en ambos casos; se abolieron los juegos sangrientos á que en ciertos dias se entregaban los habitantes de Cesarea, en Mauritania, y quedó desterrada de Hipona la corruptela de comer y beber con exceso en los dias dedicados á celebrar la memoria de algunos Santos. Por las relaciones que hace puede juzgarse que sus discursos serían modelos acabados de estilo sublime.

Supo San Juan Crisóstomo que algunos fieles de Constantinopla habian concurrido en dias de Semana Santa á los teatros y juegos públicos; atravesado de dolor su co-

razon, exhaló quejas amarguísimas y prorumpió en una homilía de ideas tan elevadas, con afectos tan vehementes y estilo tan grandioso, que, aún traducida al latin, su lectura, hablamos por experiencia, conmueve, estremece y aterra. No es posible calcular el efecto que en los animos de los oyentes producirían los rayos de aquella elocuencia, que no sabemos cómo llamarla, si no nos es permitido llamarla sobrehumana: es una de las homilías más cortas del Crisóstomo, y no es extraño; lo admirable es que, á pesar de su moderada extension, tuvieran fuerzas, el orador para pronunciarla, y los oyentes para escucharla. Pero advertimos que no deben repetir los oradores en el púlpito algunas de las ideas emitidas por aquel orador extraordinario en tiempos y circunstancias tan diferentes de los actuales. Por lo demás, no hemos visto, ni tal vez aventuramos nada afirmando que no es posible encontrar nada igual, en el género de elocuencia sublime á esta homilía, cuyo título es *ADVERSUS EOS QUI ECCLESIA RELICTA, AD CIRCENSES LUDOS*, etc.

Si no temiéramos ser prolijos, citaríamos algunos de los pasajes sublimes en que abundan los escritos de San Cipriano. Lo haremos en otro lugar; ¡ojalá que los jóvenes se familiaricen con la lectura de este gran Doctor, á quien apostrofaba en el siglo iv nuestro compatriota Prudencio en esta forma:

«Dum liber ullus erit, dum serinia Sacra Litterarum,
Te leget omnis amans Christum, tua Cypriane discet.
Spiritus ille Dei, qui fluxerat auctor in Prophetas
Fontibus eloquii te coelitus actus irrigavit (1)»

En la segunda parte de esta obra copiamos ó citamos pasajes de los Santos Padres, pertenecientes á los tres géneros de estilo. Confiamos que los jóvenes no nos acusarán de prolijos; más bien sentirán que los límites naturales de este trabajo no nos hayan permitido dar mayor extension á esta materia.

Concluimos observando que *SUBLIME* es lo superior, lo más elevado en su género: la sublimidad objetiva, permítasenos el término, está en las cosas, y la subjetiva en las ideas ó en los sentimientos; las ideas y sentimientos

(1) Hymnus XIII, passio Cypriani, martyrís.—Amsterdam, 1625, pág. 146.

sublimes pueden expresarse con lenguaje natural y sencillo: en tal caso hay sublimidad, mas no estilo sublime, el cual resulta de la grandiosidad de la expresion, como le hemos descrito ya en esta misma leccion.

«Fiat lux, et facta est lux (1):» idea sublime expresada con sencillez. «Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo:» sentimiento sublime y expresion natural (2). El salmo cvi es sublime en las ideas, sentimientos y expresion.

Algunos críticos franceses, de los cuales sólo recordamos ahora á Villemain, aseguran que Bossuet fué más sublime que San Juan Crisóstomo: no negamos que el estilo del orador francés es algunas veces más sublime y elegante que el del Crisóstomo; y la causa se comprenderá fácilmente, si se atiende á la diferencia de épocas y circunstancias, como respecto á los Padres en general observamos en las lecciones VII, XIX y XXX. Por lo demás, nunca la lectura de los pocos discursos reputados como las obras maestras de Bossuet nos ha hecho sentir las impresiones de lo sublime, con la fuerza y vehemencia con que nos conmueven muchos discursos del Crisóstomo; y de todos modos, nos parece una exageracion decir «que si el Crisóstomo pudiera compararse con algun otro orador, sería con Bossuet, si posible fuera que éste tuviera iguales, y si no hubiera poseido aquel don de lo sublime en un grado á que rara vez llegó la elocuencia cristiana ántes que él (3).»

Si alguna de las corporaciones científicas propusiera, para los concursos que suelen promover, problemas comparativos entre los antiguos y modernos oradores cristianos, prestaría un servicio importante á la literatura en general, y á la eclesiástica en particular, y no dudamos que el resultado sería gloriosamente ventajoso para la memoria de los oradores de nuestra venerable antigüedad cristiana.

(1) *Genesis*, cap. i, vers. 3.

(2) *Psalm*. xxvi, 3 y 4.

(3) Villemain: *De la elocuencia cristiana en el siglo cuarto*.—París, 1856, pág. 180.